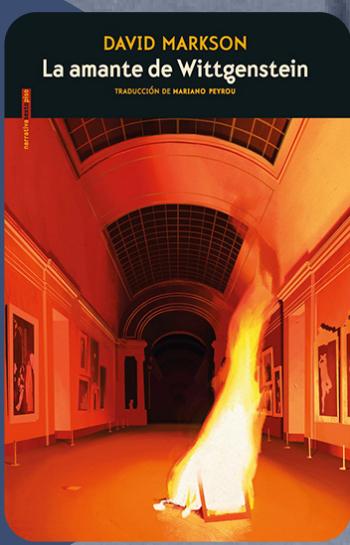




La Escalera  
Lugar de lecturas

COMIENZA A LEER...

DAVID  
**MARKSON**



Qué cambio tan extraordinario tiene lugar [...] cuando por primera vez el hecho de que todo depende de cómo se piense una cosa al principio entra en la conciencia, cuando, como consecuencia, el pensamiento en su dimensión absoluta sustituye a la realidad aparente.

KIERKEGAARD

Cuando yo todavía dudaba de su capacidad, le pedí su opinión a G. E. Moore. «Lo cierto es que pienso muy bien de él», contestó Moore. Cuando le pregunté el motivo de esa opinión, dijo que se debía a que Wittgenstein era el único hombre que parecía perplejo en sus conferencias.

BERTRAND RUSSELL

Puedo entender muy bien por qué a los niños les encanta la arena.

WITTGENSTEIN

En el principio, a veces yo dejaba mensajes en la calle.

Hay alguien viviendo en el Louvre, decían algunos de los mensajes. O en la National Gallery.

Por supuesto, únicamente podían decir eso cuando yo estaba en París o en Londres. Hay alguien viviendo en el Metropolitan, dirían cuando yo todavía estaba en Nueva York.

Nadie vino, claro. Al final, paré de dejar los mensajes.

La verdad es que quizás dejara apenas tres o cuatro mensajes en total.

No tengo la menor idea de cuánto hace de todo esto. Si tuviera que decir algo, creo que diría que fue hace unos diez años.

Probablemente fuese hace bastante más tiempo, sin embargo.

Y, desde luego, estuve bastante desequilibrada durante un tiempo, en esa época.

No sé durante cuánto tiempo, pero durante cierto tiempo.

Tiempos inmemoriales. Es una expresión que sospecho que quizás nunca haya entendido bien, ahora que la uso.

¿Tiempos inmemoriales significa un desequilibrio por falta de memoria o significa simplemente una época olvidada?

Pero en cualquier caso había pocas dudas sobre mi locura. Como aquella vez en que cogí el coche y me fui hasta un rincón perdido de Turquía para visitar el emplazamiento de la antigua Troya.

Y por alguna razón deseaba especialmente ver el río, sobre el que también había leído, y que ahí fluía hacia el mar pasando junto a la ciudadela.

He olvidado el nombre del río, que en realidad era un arroyuelo lleno de lodo.

Y en cualquier caso no me refiero a ir hacia el mar, sino hacia los Dardanelos, que antes se llamaba el Helesponto.

El nombre de Troya, por supuesto, también ha cambiado. Hisarlik es como se llama ahora.

En varios sentidos, mi viaje fue decepcionante; el emplazamiento era sorprendentemente pequeño. Un poco más grande que la típica manzana de edificios de una ciudad, con bloques de pocas plantas de altura.

De todos modos, desde las ruinas se podía ver el monte Ida, a lo lejos.

Incluso a finales de la primavera había nieve en la montaña.

Alguien fue allí a morir, creo, en una de las antiguas plantas. Paris, quizás.

Me refiero al Paris que había sido amante de Helena, por supuesto. Y que fue herido cerca del final de aquella guerra.

De hecho, era Helena en quien más pensaba yo cuando estaba en Troya.

Estaba a punto de añadir que incluso soñé, durante un rato, que los navíos griegos seguían encallados allí.

Bueno, habría sido un sueño bastante inofensivo.

Desde Hisarlik el mar está como a una hora andando. Lo que tenía planeado hacer después era coger un bote de remos cualquiera para cruzar al otro lado y luego seguir en coche hacia Europa a través de Yugoslavia.

Probablemente me refiera a Yugoslavia. En todo caso, a ese lado del canal hay monumentos a los soldados que murieron allí en la Primera Guerra Mundial.

Del lado donde está Troya hay un monumento donde fue enterrado Aquiles hace tantísimo tiempo.

Bueno, dicen que ahí es donde fue enterrado Aquiles.

En cualquier caso, me parece extraordinario que unos jóvenes muriesen allí en una guerra hace tanto tiempo y que después muriesen en el mismo lugar tres mil años después.

Pero sea como fuere, cambié de idea con respecto a cruzar el Helesponto. Me refiero a los Dardanelos. Lo que hice en vez de eso fue elegir una lancha motora e ir pasando por las islas griegas y Atenas.

Aunque solo tenía una página arrancada de un atlas a modo de carta náutica, tarde únicamente dos días en llegar a Grecia, y sin darme ninguna prisa. Mucho de lo que se cuenta sobre aquella antigua guerra es sin duda una gran exageración.

De todos modos, algunas cosas pueden tocarnos la fibra sensible.

Como por ejemplo, un día o dos después de eso, ver el Partenón bajo el sol de la tarde.

Fue durante ese invierno cuando viví en el Louvre, creo. Quemaba antigüedades y marcos de cuadros para calentarme en una habitación mal ventilada.

Pero después, con las primeras señales del deshielo, cambiando de vehículo cuando me quedaba sin gasolina, volví a atravesar el centro de Rusia para regresar a casa.

Todo esto es indudablemente cierto, aunque como ya he dicho sucedió hace tiempo. Y aunque, como también he dicho, tal vez estuviera loca.

Pero en realidad no estoy del todo segura de si estaba loca cuando cogí el coche y me fui a México, antes de esto.

Probablemente antes de esto. Para visitar la tumba de un niño que había perdido, mucho antes incluso de todo esto, llamado Adam.

¿Por qué he escrito que se llamaba Adam?

Simon era como se llamaba mi niñito.

Tiempos inmemoriales. ¿Significa que una puede olvidar momentáneamente el nombre de su único hijo, que ahora tendría treinta años?

No, me parece que treinta no. Digamos veintiséis, o veintisiete.

¿Entonces yo tengo cincuenta?

Únicamente hay un espejo, aquí, en esta casa, en esta playa. Quizá el espejo diga cincuenta.

Mis manos lo dicen. Ha llegado a notarse en el dorso de mis manos.

Por otra parte, sigo menstruando. De manera irregular, con lo que a veces dura semanas, pero luego no vuelve a ocurrir hasta que ya casi me he olvidado del tema.

Quizá no tenga más de cuarenta y siete o cuarenta y ocho años. Estoy convencida de que una vez intenté crear un sistema provisional para llevar la cuenta, probablemente de los meses, y sin duda de las estaciones. Pero ni siquiera recuerdo en qué momento fui consciente de que había perdido la cuenta.

En cualquier caso, creo que estaba cerca de cumplir cuarenta cuando empezó todo esto.

Mi forma de dejar esos mensajes era con pintura blanca. En enormes letras mayúsculas, en los cruces de las calles, donde los viesen todos los que pasaran por allí.

También quemé antigüedades y algunos otros objetos cuando estuve en el Metropolitan, por supuesto.

Bueno, ahí tenía un fuego ardiendo constantemente, en invierno.

Ese fuego era distinto del fuego que tenía en el Louvre. El sitio donde encendí el fuego en el Metropolitan era en ese vestíbulo enorme, por donde se entra y se sale.

La verdad es que también construí una chimenea de estaño, muy alta, encima del fuego. Para redirigir el humo hacia las claraboyas que había muy por encima.

Lo que tuve que hacer fue abrir unos agujeros en la claraboya, cuando terminé de construir la chimenea.

Lo hice con una pistola, con mucho esmero, desde una de las galerías para crear un ángulo que permitiera que saliese el humo pero no que entrase la lluvia.

La lluvia entraba. No mucha, pero un poco de lluvia sí.

Bueno, al final acabó entrando también por otras ventanas, cuando se rompieron solas. O por el mal tiempo.

Las ventanas siguen rompiéndose. Hay varias rotas aquí, en esta casa.

Ahora, de todos modos, es verano. Y además, a mí no me molesta la lluvia.

Desde la planta de arriba se ve el mar. Aquí abajo hay dunas, que tapan la vista.

En realidad, esta es mi segunda casa en esta playa. La primera, la dejé reducida a cenizas. Todavía no estoy segura de cómo sucedió, aunque tal vez estuviera cocinando. Fui a orinar a las dunas un momento y cuando volví la vista, todo estaba en llamas.

Estas casas de playa son todas de madera, claro. Lo único que podía hacer era sentarme en las dunas y mirar cómo ardía. Estuvo ardiendo toda la noche.

Todavía me fijo en la casa incendiada, por las mañanas, cuando paseo por la playa.

Bueno, evidentemente no me fijo en la casa. En lo que me fijo es en lo que queda de la casa.

Tenemos tendencia a pensar en que una casa es una casa, en todo caso, aunque no quede mucho de ella.

Esta ha envejecido bastante bien, ahora que lo pienso. Las próximas nieves serán las terceras que paso aquí, creo.

Probablemente debería hacer una lista de los otros sitios en los que he estado, aunque sea solo para mi propia instrucción. Me refiero a empezar con mi antiguo apartamento del SoHo, antes del Metropolitan. Y luego mis viajes.

Aunque sin duda a estas alturas he perdido la cuenta de muchas cosas.

De lo que sí me acuerdo es de estar sentada una mañana en un automóvil con el volante a la derecha observando cómo Stratford-on-Avon se llenaba de nieve, lo cual sin duda debe ser poco habitual.

Bueno, y una vez, ese mismo verano, que casi me atropella un coche que no conducía nadie y que bajaba rodando por una colina cerca de Hampstead Heath.

Lo de ese coche que no conducía nadie y que bajó por la colina tiene una explicación.

Y la explicación es la colina, evidentemente.

Ese coche también tenía el volante a la derecha. Aunque quizás eso no sea especialmente relevante para nada.

Y en cualquier caso, puede que me haya equivocado, antes, cuando dije que dejé un mensaje en la calle diciendo que había alguien viviendo en la National Gallery.

Donde vivía en Londres era en la Tate Gallery, donde hay tantos cuadros de Joseph Mallord William Turner.

Estoy bastante segura de que vivía en la Tate.

Esto también tiene una explicación. Y la explicación es que se puede ver el río desde ahí.

Si una vive sola, tiende a preferir un sitio con vistas al agua.

Y además siempre he admirado a Turner, en todo caso. De hecho, sus cuadros de paisajes acuáticos quizá hayan influido en mi decisión.

Una vez Turner se hizo atar al mástil de un barco durante varias horas, en medio de una tormenta terrible, para luego poder pintar la tormenta.

Evidentemente, no era la propia tormenta lo que Turner pretendía pintar. Lo que pretendía pintar era una representación de la tormenta.

El lenguaje de una suele caer en ese tipo de imprecisiones, según he descubierto.

De hecho, la historia de Turner atado al mástil me recuerda a algo, aunque no puedo recordar a qué me recuerda.

Tampoco soy capaz de recordar qué clase de fuego tenía en la Tate.

En el Rijksmuseum de Ámsterdam saqué *La ronda de noche* de Rembrandt de su marco cuando intentaba entrar en calor también allí, por cierto.

Estoy bastante segura de que en esa época también tenía la intención de ir a Madrid, ya que en el Prado hay un cuadro de Rogier van der Weyden, *El descendimiento de la cruz*, que quería volver a ver. Pero por algún motivo, en Burdeos cambié de coche y me monté en uno que iba en la dirección contraria.

Aunque quizá sí que hubiera cruzado la frontera española y llegado hasta Pamplona.

Bueno, en esa época solía hacer cosas imprevisibles, como ya he dicho. Una vez, desde lo alto de la escalinata de la plaza de España de Roma, por ninguna razón salvo que me había topado con una camioneta Volkswagen llena de ellas, solté cientos de pelotas de tenis que cayeron rebotando una tras otras hasta abajo, siguiendo todas las trayectorias posibles.

Mientras, observaba cómo caían sobre pequeñas irregularidades o partes desgastadas de la piedra y cambiaban de dirección, o trataba de adivinar hasta qué parte de la *piazza* que había abajo llegaría cada una de ellas.

De hecho, algunas de ellas fueron rebotando en diagonal hasta impactar contra la casa en la que murió John Keats.

Hay una placa en esa casa que dice que John Keats murió allí.

La placa está en italiano, por supuesto. Giovanni Keats, lo llama.

El nombre del río que pasa por Hisarlik es el Escamandro, me acabo de acordar.

En la *Ilíada*, de Homero, se dice que es un río poderoso.

Bueno, quizá lo fuera en algún momento. En tres mil años pueden cambiar muchas cosas.

En cualquier caso, instalada una tarde en los muros excavados y contemplando el canal desde lo alto, sentí casi con seguridad que a lo largo de la costa se podían ver las hogueras que los griegos encendían por la noche.

Bueno, como ya he dicho, quizá en realidad no me permitiera pensar eso.

De todos modos, algunas cosas son lo bastante inofensivas como para que podamos pensarlas.

A la mañana siguiente, cuando amaneció, me sentí muy feliz al pensar que aquella era una aurora de dedos rosados, por ejemplo. Aunque el cielo estaba nublado.

Cambiando de tema, acabo de tomarme una pausa para hacer de viento. Eso no lo hago en las dunas, sino junto al mar, donde la marea luego lo limpia.

De camino, paré primero en el bosque que hay al lado de la casa para coger unas hojas.

Y después fui a buscar agua a mi fuente, que está a unos cien pasos yendo por el camino que hay en la dirección opuesta a la playa.

También tengo un arroyuelo. Aunque no se parece al Támesis.

A la Tate sí que me llevaba el agua del río, de todos modos. Ya hace bastante tiempo que una es capaz de hacer esa clase de cosas.

Bueno, una podría beber agua del Arno, en Florencia, en la época en la que viví en la Uffizi. O del Sena, cuando llevaba un cántaro al muelle desde el Louvre.

En el principio yo únicamente bebía agua embotellada, por supuesto.

En el principio yo también tenía accesorios. Como generadores, para usarlos con aparatos eléctricos de calefacción.

El agua y el calor eran lo esencial, claro.

No recuerdo qué vino primero, si volverme experta en mantener encendidos los fuegos, y deshacerme de esa clase de aparatos, o descubrir que una podía beber cualquier agua que quisiera de nuevo.

Quizá volverme experta en fuegos viniese primero. Aunque he dejado dos casas reducidas a cenizas a lo largo de los años.

La más reciente, como ya he señalado, fue por accidente.

Por qué quemé la primera es algo en lo que preferiría no profundizar demasiado. Pero lo hice bastante deliberadamente.

Fue en México, la mañana en que había visitado la tumba del pobre Simon.

Bueno, fue la casa en la que habíamos vivido todos. Yo creía sinceramente que había planeado quedarme, durante un tiempo.

Lo que hice fue derramar gasolina por toda la antigua habitación de Simon.

Durante una buena parte de la mañana, seguía viendo el humo ascendiendo por el espejo retrovisor.

Ahora tengo dos chimeneas enormes. Aquí en esta casa junto al mar, digo. Y en la cocina, una obsoleta salamandra.

Le he cogido bastante cariño a la salamandra.

Simon tenía siete años, por cierto.

Cerca crecen frutos del bosque de todo tipo. Y a pocos minutos más allá de mi arroyuelo hay diversas verduras, en campos que en otra época se cultivaban pero que ahora, como es natural, están extremadamente descuidados.

Al otro lado de la ventana junto a la que estoy sentada, la brisa jueguea con diez mil hojas. La luz del sol se abre paso a través de los árboles y crea áreas brillantes y moteadas.

También crecen las flores profusamente.

Es un día adecuado para la música, de hecho, aunque no tengo forma de proporcionármela.

Durante años, allá donde estuviera solía ingeníármelas para tocar un poco. Pero cuando empecé a deshacerme de los aparatos, tuve que renunciar también a la música.

Básicamente, de lo que me deshacía era del equipaje. Bueno, de las cosas.

De vez en cuando, resulta que una oye alguna música en su cabeza, de todos modos.

Bueno, un fragmento de una cosa o de otra, en cualquier caso. De Antonio Vivaldi, por ejemplo. O de Joan Baez cantando.

No hace mucho tiempo incluso oí un pasaje de *Les Troyens* de Berlioz.

Cuando digo que lo oí es solo una forma de hablar, claro.

De todos modos, quizá siga llevando equipaje después de todo, a pesar de que creía que había dejado el equipaje atrás.

De cierto tipo. El equipaje que permanece en la cabeza de una, es decir, los restos de lo que una supo alguna vez.

Como las fechas de nacimiento de gente como Pablo Picasso o Jackson Pollock, por ejemplo, que estoy segura de que todavía podría recitar de memoria si quisiera.

O números de teléfono de hace muchísimos años.

Hay un teléfono aquí mismo, de hecho, a no más de tres o cuatro pasos de donde estoy sentada.

Por supuesto, me refería a números de teléfono que funcionen, de todas maneras.

Lo cierto es que hay un segundo teléfono en la planta de arriba, cerca del asiento de ventana acolchado desde el que veo ponerse el sol casi todas las tardes.

Los cojines, como tantas otras cosas aquí en la playa, huelen a moho. Incluso los días en que hace más calor se nota la humedad.

Los libros se estropean por su causa.

Los libros son una parte del equipaje del que me deshice, por cierto. Aunque siga habiendo muchos en esta casa, que estaban aquí cuando llegué.

Quizá debería decir que hay ocho habitaciones en la casa, aunque yo únicamente utilizo dos o tres.

De hecho, yo solía leer, en ciertos momentos, a lo largo de los años. Cuando estaba loca, sobre todo, leía mucho.

Un invierno, leí casi todas las antiguas obras de teatro griegas. Lo cierto es que las leía en voz alta. Y de arriba abajo, y cuando leía cada página por

las dos caras, la arrancaba del libro y la tiraba al fuego.

A Esquilo y Sófocles y Eurípides los convertí en humo.

Es un modo de hablar, se podría pensar así.

Hablando de otro modo, se podría afirmar que fue con Helena y Clitemnestra y Electra con las que hice eso.

Por mucho que lo pienso, no tengo ni idea de por qué hacía eso.

Si hubiera entendido por qué hacía eso, es indudable que no habría estado loca.

Si no hubiera estado loca, es indudable que no habría hecho eso en absoluto.

No estoy del todo segura de que estas últimas dos oraciones tengan un sentido concreto.

En cualquier caso, tampoco recuerdo exactamente dónde leí las obras y quemé las páginas.

Probablemente fuera después de ir a la antigua Troya, lo cual tal vez fuera lo que me llevara a leer las obras en un primer momento.

¿O acaso leer las obras fue lo que hizo que se me ocurriera ir a la antigua Troya?

Se prolongaba, esa locura.

Sin embargo, no estaba necesariamente loca cuando fui a México. Desde luego, una no tiene por qué estar loca para decidir visitar la tumba de su niñito muerto.

Pero seguro que estaba loca cuando cogí el coche y crucé Alaska a lo ancho, hasta Nome, y después cogí un barco y puse rumbo al Estrecho de Bering.

Incluso aunque buscara cartas náuticas, esa vez.

Bueno, y en una época entendía de barcos, además. Pero de todos modos.

Y sin embargo, después de eso, paradójicamente pude orientarme y atravesé toda Rusia en dirección oeste sin apenas mapas. Conducía desde el sol cada mañana y después esperaba a que apareciera delante de mí a medida que el día avanzaba, me limitaba a seguir al sol.

Cavilando sobre Fiódor Dostoievski por el camino.

De hecho, estaba muy atenta a Rodión Románovich Raskólnikov.

¿Me detuve en el Hermitage? ¿Por qué no recuerdo para nada si me detuve en Moscú?

Bueno, muy probablemente pasara cerca de Moscú sin darme cuenta, ya que no hablaba ni una palabra de ruso.

Cuando digo que no hablaba ni una palabra, me refiero a que tampoco era capaz de leer ni una, evidentemente.

Y ¿por qué escribí esa frase pretenciosa sobre Dostoievski cuando no tengo la menor idea de si dediqué un instante a pensar en él?

Más equipaje, entonces. Como mínimo aquí y ahora, mientras escribo, si no en esa época previa.

De hecho, cuando atraqué la lancha después de la última isla y me puse a buscar de nuevo un automóvil probablemente me sorprendiera que tuviese unas letras rusas en la matrícula. Me había medio imaginado que debería estar en China.

Aunque hasta este instante no me había llamado la atención que una posee también cierto equipaje chino, desde luego.

Algo. No parece que tenga sentido ilustrar ese hecho.

Aunque resulte que estoy tomando té souchong mientras lo digo.

Y en cualquier caso puede que el Hermitage esté en Leningrado.

Pero bueno, de lo que no hay ninguna duda es de que estaba buscando a Raskólnikov.

Empleando a Raskólnikov como símbolo, una puede decir sin ninguna duda que estaba buscando a Raskólnikov.

Aunque una también podría decir sin ningún inconveniente que estaba buscando a Anna Karénina. O a Dmitri Shostakóvich.

También estaba buscando cuando fui a México, por supuesto.

No a Simon, ya que tenía muy claro que Simon estaba en aquella tumba. Quizá buscara a Emiliano Zapata, entonces.

De nuevo simbólicamente, buscaba a Zapata. O a Benito Juárez. O a David Alfaro Siqueiros.

Buscaba a alguien cualquiera en cualquier sitio.

Bueno, buscaba incluso cuando estaba loca, o ¿por qué otra razón hubiera vagabundeadido por todos aquellos sitios?

Y antes de eso había estado buscando en cada esquina de Nueva York, por supuesto. Incluso antes de mudarme del SoHo, había estado buscando en Nueva York por todas partes.

Y por lo tanto también seguía buscando ese invierno en que viví en Madrid.

No estoy segura de si he mencionado la temporada que pasé en Madrid.

En Madrid resulta que no viví en el Prado. Quizá he dado a entender que había pensado en vivir allí, pero estaba muy mal iluminado.

En este caso estoy hablando de la luz natural, pues por aquel entonces ya había comenzado a deshacerme de todos mis aparatos.

Solo cuando hay un sol especialmente intenso una puede empezar a ver ese cuadro de Rogier van der Weyden como merece verse.

Puedo afirmar esto categóricamente, pues incluso limpié las ventanas más cercanas.

Donde vivía en Madrid era en un hotel. Elegí uno al que le habían puesto el nombre de Velázquez.

Buscaba, allí, a don Quijote. O al Greco. O a Francisco de Goya.

Qué poéticos suenan en general la mayoría de los nombres españoles. Una puede decirlos una y otra vez.

Sor Juana Inés de la Cruz. Marco Antonio Montes de Oca.

Aunque lo cierto es que es posible que estos dos nombres procedan de México.

Buscaba. Cielo santo, con qué ansiedad buscaba.

No recuerdo cuándo fue que dejé de buscar.

En el Adriático, cuando iba de Troya a Grecia, un queche se lanzó sobre mí a toda velocidad con su alto *spinnaker* hinchido por un sonoro viento.

Imagínate cómo me sobresaltó eso y cómo me sentí.

En un determinado momento estaba navegando, sola como siempre, y un momento después ahí estaba el queche.

Pero solo había estado yendo a la deriva. Durante todo ese tiempo, presumiblemente.

¿Habían pasado ya cuatro o cinco años para entonces? Estoy casi segura de que me quedé en Nueva York durante al menos dos veranos antes de irme a buscar a otra parte.

Cerca de Lesbos fue donde vi ese queche. O quizá de Esciros.

¿Esciros es una isla griega?

Una se olvida. También hay una pérdida de equipaje involuntaria.

De hecho, ahora me da la impresión de que tendría que haber dicho el Egeo cuando dije el Adriático, unas líneas más arriba. Sin duda es el Egeo, entre Troya y Grecia.

Este té también es un tipo de equipaje, supongo. Aunque en este caso lo cierto es que yo fui a buscarlo de nuevo, después de que ardiera esa otra casa de la playa. Aunque llevo pocas cargas, quería té.

Y también unos cigarrillos, aunque en esta época fumo muy poco.

Bueno, y también otros productos básicos, por supuesto.

Los cigarrillos son de los que vienen en lata. Los que vienen en papel me empezaron a saber rancios hace algún tiempo.

Como casi todas las cosas que venían empaquetadas así. No se estropeaban necesariamente, pero se quedaban secas.

De hecho, resulta que mis cigarrillos son rusos. Pero eso es solo una coincidencia.

En esta zona todo se queda húmedo.

Ya lo había dicho.

De todos modos, cuando la saco de un cajón, es habitual que mi ropa esté fría y húmeda.

Por lo general, cuando es verano, como ahora, no llevo nada de ropa en absoluto.

Lo cierto es que tengo bragas y pantalones cortos, y varias faldas vaqueras cruzadas, y algunas camisetas de algodón. Lo lavo todo en el arroyuelo y después lo tiendo en los arbustos para que se seque.

Bueno, tengo más ropa. El invierno es exigente.

Salvo por el hecho de que recojo leña con antelación, he empezado a no preocuparme por el invierno hasta que llega el invierno.

Cuando llegue, habrá llegado.

Cuando caen las hojas, por lo general el bosque se queda desnudo durante un tiempo hasta que llega la nieve, y entonces veo el camino hacia la primavera, o incluso hasta la reanudación de mi recorrido por la carretera que hay más allá.

Quizá se tarde cuarenta minutos en caminar por la carretera hasta la ciudad.

Hay tiendas, unas pocas, y hay una gasolinera.

Todavía se puede encontrar queroseno en esta última.

Sin embargo, yo apenas utilizo mis lámparas. Incluso cuando parece que el último destello del atardecer ha desaparecido, algunos vestigios todavía llegan a la habitación de la planta de arriba a la que subo a dormir.

A través de otra ventana situada en el lado opuesto de la casa, la aurora de dedos rosados me despierta.

Algunas mañanas resulta que esta frase es apropiada, de hecho.

Las casas que hay a lo largo de esta playa parecen continuar interminablemente, por cierto. En cualquier caso, infinitamente más allá de lo que yo he decidido andar en ambas direcciones teniendo en cuenta que quería regresar antes del anochecer.

En algún lugar tengo una linterna. En la guantera de la camioneta, probablemente.

La camioneta está en la carretera. Ahora se me ocurre que quizá se me haya pasado encender la batería desde hace algún tiempo.

Sin duda habrá baterías sin usar en la gasolinera.

La hermana Juana Inés de la Cruz. No tengo la menor idea de quién habrá sido, la verdad.

La verdad es que también me resultaría complicado identificar a Marco Antonio Montes de Oca.

En la National Portrait Gallery de Londres, que no es uno de los museos en los que decidí vivir, no fui capaz de reconocer ocho de cada diez de las caras que aparecían en los retratos. Ni siquiera ese número de los nombres que figuraban junto a los retratos.

No me refiero a los casos de gente como Winston Churchill o las hermanas Brontë o la reina o Dylan Thomas, evidentemente.

De todos modos, esto me hizo sentir triste.

¿Y por qué se me ocurre que me gustaría informar a Dylan Thomas de que ahora es posible arrodillarse y beber del Loira, o del Po, o del Misisipi?

¿O Dylan Thomas ya habría muerto antes de que se volviera imposible hacer esas cosas, y por lo tanto me miraría como si estuviera loca de nuevo?

Así me miraría Aquiles, sin duda. O Shakespeare. O Emiliano Zapata.

No recuerdo las fechas de Dylan Thomas. Y en cualquier caso, sin duda no hay una fecha concreta que marque el comienzo de la contaminación.

Uno uno ocho seis, los cuatro últimos dígitos del número de teléfono de alguien, quizá.

De hecho, tampoco he estado en el Misisipi. Al ir a México y volver de México, sin embargo, sí que bebí del Río Grande.

Pero ¿qué digo? Evidentemente, habría tenido que cruzar también el Misisipi, en ambas direcciones, en ese viaje.

En cualquier caso, me da la impresión de que no tengo ningún recuerdo de eso. ¿O acaso entonces también estaba loca?

Qué extraña selección de libros leí en esa época, cielo santo. Prácticamente todos y cada uno de los que se escribieron sobre esa misma guerra.

Pero con frecuencia también inventaba nuevas versiones de los relatos por mi cuenta, las fantasiosas improvisaciones privadas de una.

Como que Helena bajaba de las almenas y se encontraba furtivamente con Aquiles junto al Escamandro.

O que Penélope hacía el amor con todos sus pretendientes, uno tras otro, mientras Odiseo estaba fuera.

¿No lo habría hecho acaso? ¿No es probable, con todos esos pretendientes instalados ahí? ¿Y suponiendo que fuera verdad que la guerra duró diez años y después todavía tuvieron que pasar diez años más hasta que apareció su marido?

Por algún motivo, una parte que siempre me gustó es cuando Aquiles se viste de chica y se esconde para que no lo hagan ir a luchar.

Hay un cuadro de Penélope en la National Gallery, de hecho, pintado por un tal Pintoricchio.

Lo he dicho bastante mal, supongo.

Una no pretende decir en absoluto que Penélope tejiera en la National Gallery. Hacía eso en la isla de Ítaca, por supuesto.

Ítaca no está en el mar Adriático ni en el Egeo, por cierto, sino en el Jónico.

Las cosas que se le quedan a una en la cabeza después de todo.

Quizá también debería señalar que la National Gallery y la National Portrait Gallery no son el mismo museo, aunque ambas estén en Londres.

De hecho, no son el mismo museo aunque ambas estén en el mismo edificio.

En cambio, no sé casi nada sobre Pintoricchio, aunque en una época sabía bastante sobre muchos pintores.

Bueno, sabía bastante sobre muchos pintores por la misma razón por la que Aquiles sin duda debía de saber bastante sobre Héctor, por ejemplo.

Lo único que soy capaz de recordar sobre el cuadro de Penélope es que aparece un gato en él, sin embargo, jugando con un ovillo.

Sin duda, la inclusión del gato no fue en absoluto innovadora por parte de Pintoricchio. En cualquier caso, quizá sea adecuado pensar que Penélope tenía una mascota, sobre todo si me he equivocado con respecto a la relación que tenía con sus pretendientes.

Quizá también tendría que haber dicho mucho antes que albergo serias dudas sobre el hecho de que la guerra durase diez años.

O sobre el hecho de que Helena fuese la causa.

Una única chica espartana, como alguien la llamó alguna vez. Al fin y al cabo.

Pero lo que estoy pensando aquí sobre todo es en lo decepcionantemente pequeñas que resultaron ser las ruinas de Troya.

Un poco más grande que la típica manzana de edificios de una ciudad, con bloques de pocas plantas de altura.

Bueno, aunque habría gente viviendo fuera de la ciudadela, en la planicie.

Pero de todos modos.

En la *Odisea*, cuando se hace mayor, Helena tiene una dignidad radiante y espléndida. Leí esas páginas dos o tres veces, en la parte en que Telémaco, el hijo de Odiseo, va de visita.

Lo cual significa que no pude haber estado dedicándome a arrancarlas y a tirarlas al fuego, como hice cuando leí las obras de teatro.

Acabo de ir a las dunas otra vez. Por alguna razón, mientras estaba haciendo pis me puse a pensar en Lawrence de Arabia.

Bueno, no puede decirse que pensara realmente en él, ya que sé poco más sobre Lawrence de Arabia que lo que sé sobre Pintoricchio. En cualquier caso, me acordé de Lawrence de Arabia.

No se me ocurre ningún vínculo entre hacer pis y Lawrence de Arabia.

Sigue soplando esa brisa juguetona. Probablemente estemos a comienzos de agosto.

Durante un momento, mientras regresaba paseando, me parece que he oído algo de Brahms. Diría que era la *Rapsodia para contralto*, aunque dudo que recuerde la *Rapsodia para contralto*.

Sin duda, había un retrato de Lawrence de Arabia en la National Portrait Gallery.

Y ahora tengo el nombre de T. E. Shaw en la cabeza. Pero es solo una de esas identidades adecuadas de las que no puedo apoderarme.

Nada de esto me perturba, por cierto.

Muy pocas cosas me perturban, como puede que haya dejado claro o puede que no.

Bueno, qué ridículo sería que, en estas circunstancias, permitiera que algo me perturbase.

Me inquieta de vez en cuando, si inquietar es el término apropiado, la artritis que tengo en un hombro. El izquierdo, que a veces me deja moderadamente incapacitada.

La luz del sol me viene bien, de todos modos.

Mis dientes, por el contrario, no traicionan en absoluto mis cincuenta años. Toco madera por mis dientes.

No soy capaz de recordar nada sobre los dientes de mi madre cuando lo intento. Ni sobre los de mi padre.

De todas maneras, quizá no tenga más que cuarenta y siete años.

No soy capaz de imaginarme a Helena de Troya con problemas dentales. Ni a Clitemnestra con artritis.

Estaba Cézanne, por supuesto.

Aunque no era Cézanne, sino Renoir.

Ya no tengo la menor idea de dónde pueden haber acabado mis materiales de pintura, por cierto.

De hecho, una vez, durante estos años, tensé un lienzo. Una monstruosidad de lienzo, por cierto, de al menos tres metros por metro y medio. También lo aderecé con no menos de cuatro capas de yeso.

Y después me quedé observándolo.

Durante meses, sospecho, estuve observando ese lienzo. Probablemente incluso exprimí algunos pigmentos sobre mi paleta.

De hecho, creo que fue cuando volví a México que hice eso. En la casa en que en otro tiempo había vivido con Simon, y con Adam.

Estoy completamente segura de que mi marido se llamaba Adam.

Y después, tras pasarme meses observándolo, una mañana le prendí fuego al lienzo con gasolina, cogí el coche y me marché.

Atravesando el ancho Misisipi.

Muy de vez en cuando casi era capaz de ver cosas en ese lienzo, de todos modos.

Casi. A Aquiles, por ejemplo, afligido tras la muerte de su amigo, cuando se cubrió con cenizas. O a Clitemnestra, después de que Agamenón hubiera sacrificado a la hija de ambos para que los dioses les enviaran viento a los navíos griegos.

No tengo la menor idea de por qué Aquiles vestido de chica es una parte que siempre me ha gustado.

Es más, fue una mujer quien escribió la *Odisea*, según dijo alguien una vez.

Cuando estaba de vuelta en México, durante todo ese invierno no pude librarme de la antigua costumbre de darles la vuelta a mis zapatos cada mañana, para que se cayeran los escorpiones que quizá hubiera dentro.

Algunas costumbres se enquistan, como esa. De un modo similar, durante años me descubrí una y otra vez cerrando puertas con llave.

Bueno, y en Londres. Con frecuencia, me tomaba la molestia de conducir por el lado británico de la calle.

Tras sentirse afligido, Aquiles se vengó asesinando a Héctor, aunque Héctor corrió y corrió.

Estaba a punto de añadir que esa era la clase de cosas que solían hacer los hombres. Pero tras sentirse afligida, por su parte, Clitemnestra mató a Agamenón.

Necesitó algo de ayuda. Pero de todos modos.

Algo me dice indirectamente que esa puede haber sido una de las ideas que yo tenía para mi lienzo. Agamenón en el baño, enmarañado en esa red y apuñalado a través de ella.

Solo Dios sabe por qué alguien podría elegir un tema semejante, de todos modos.

De hecho, a quien quizá hubiera pensado pintar es a Helena. En uno de los barcos quemados, junto a la playa, cuando el asedio al fin concluyó, la tenían prisionera.

Pero con esa dignidad espléndida, pese a todo.

La verdad es que fue justo debajo de la escalera central del Metropolitan donde instalé ese lienzo. Debajo de esas altísimas claraboyas donde había hecho los agujeros de bala.

Donde había colocado mi cama era en una de las galerías que daban a esa zona.

La cama la había cogido de una de las reconstrucciones de habitaciones de época, creo, probablemente del período de la América colonial.

Lo que hice con esa chimenea que había construido fue amarrarla con unos alambres a las galerías, para que no se escorara.

Aunque todavía empleaba toda clase de aparatos, en esa época. Y por lo tanto también tenía calentadores eléctricos.

Bueno, e innumerables luces, sobre todo donde estaba el lienzo.

Podría haber pintado una Electra de tres metros brillantemente iluminada, si se me hubiera ocurrido.

No se me había ocurrido hasta este preciso instante.

Pobre Electra. Querer asesinar a la propia madre.

Bueno, como toda esa gente. Si una lo piensa, estaban todos metidos hasta las muñecas.

Irene Papas habría sido una Electra muy eficaz, en cualquier caso.

De hecho, fue una Helena muy eficaz en *Las troyanas* de Eurípides.

Quizá no he señalado que cuando llevaba aparatos, también vi algunas películas.

Irene Papas y Katharine Hepburn en *Las troyanas* fue una. Maria Callas en *Medea* fue otra.

Mi madre sí que tenía dentadura postiza, ahora lo recuerdo.

Bueno, y en ese vaso que había junto a su cama en las últimas semanas que pasó en el hospital.

Ay, Dios.

Aunque recuerdo vagamente que el proyector que llevé al museo dejó de funcionar cuando apenas lo había usado tres o cuatro veces, y que no me molesté en sustituirlo.

Cuando todavía vivía en mi apartamento, en el principio, llevé por lo menos treinta radios portátiles y sintonicé cada una en un número distinto del dial.

Lo cierto es que esas radios funcionaban con pilas, no con electricidad.

Evidentemente, así es como funcionaban, ya que dudo de que yo pudiera haber sabido usar un generador en esa época tan temprana.

Mi tía Esther también murió de cáncer. Aunque lo cierto es que Esther era hermana de mi padre.

Aquí, por lo menos, siempre se oye el mar.

Y justo en este momento hay un trozo de cinta adhesiva en una ventana rota de la habitación de al lado de esta que está haciendo unos ruidos como de arañazos a causa de mi brisa.

Por las mañanas, cuando las hojas están cubiertas de rocío, algunas parecen joyas en las que relucen los primeros rayos del sol.

Un gato arañando algo, eso parece ese trozo suelto de cinta adhesiva.

¿Dónde habrá sido que leí todas esas historias sangrientas en voz alta?

Estoy bastante segura de que todavía no había ido a Europa cuando llevaba mis últimos relojes de pulsera, por si eso tiene alguna relevancia.

Dudo que llevar trece o catorce relojes de pulsera cubriéndole a una todo el antebrazo sea particularmente relevante.

Bueno, y durante una temporada también varios relojes de bolsillo de oro, en un cordón en torno al cuello.

De hecho, alguien llevaba un reloj despertador justo de esa manera en una novela que leí una vez.

Diría que era en *Los reconocimientos*, de William Gaddis, salvo que no creo haber leído nunca *Los reconocimientos* de William Gaddis.

En cualquier caso, es más probable que esté pensando en Taddeo Gaddi, aunque Taddeo Gaddi era pintor y no escritor.

Qué hacía yo con esos relojes, me pregunto.

Los llevaba.

Bueno. Pero cada uno de ellos con su alarma, también.

Lo que solía hacer era poner las alarmas de modo que cada reloj sonara a una hora distinta.

Hice eso durante una temporada. A lo largo de todo el día, cada hora sonaba un reloj distinto.

Por la noche volvía a poner las catorce alarmas de nuevo. Salvo que en ese caso las ponía para que sonaran simultáneamente.

Esto fue antes de que aprendiera a depender de la aurora, sin duda.

Muy rara vez lo hacían, de todos modos. Me refiero a sonar simultáneamente.

Incluso cuando ese parecía ser el caso, una aprendió a esperar a los que todavía no habían comenzado a sonar.

Cuando digo que sonaban, me refiero a que zumbaban, para ser más precisa.

En una ciudad llamada Corinth<sup>[1]</sup>, en Misisipi, que no está cerca del río Misisipi, al aparcar un coche en un pequeño puente, me despojé de todos los relojes.

Creo que era Corinth. Necesitaría un atlas, para asegurarme.

De hecho, hay un atlas en esta casa. En algún lugar. Quizá en una de las habitaciones a las que he dejado de entrar.

Durante todo un día me quedé sentada en el coche y esperé a que cada reloj sonase cuando le tocaba.

Y después los tiraba al agua, uno tras otro. En esa masa de agua, fuera la que fuera.

Uno o dos no sonaron. Lo que hice fue volver a ponerlos y dormir en el coche y después deshacerme de ellos cuando sonaron por la mañana.

Seguían sonando como todos los demás cuando los tiré.

La verdad es que eso lo hice en una ciudad situada en algún lugar de Pensilvania. El nombre de la ciudad era Lititz (Pensilvania).

Todo esto fue un tiempo antes de soltar las pelotas de tenis que cayeron rodando por la escalinata de la plaza de España en Roma, por cierto.

Establezco un vínculo entre deshacerme de los relojes y soltar las pelotas de tenis en la plaza de España porque estoy segura de que lo de los relojes también ocurrió antes de que viera al gato, lo cual sucedió asimismo en Roma.

Cuando digo que vi un gato me refiero a que creí ver uno, por supuesto.

Y la razón por la que estoy segura de que esto sucedió en Roma es que sucedió en el Coliseo, que indiscutiblemente está en dicha ciudad.

Donde creí ver al gato fue en una de las arcadas del Coliseo, bastante alta.

Cómo me sentí. En medio de esa gran búsqueda.

Y por eso fui a toda prisa a un supermercado a por una lata de comida para gatos.

En cuanto me di cuenta de que no podría volver a encontrar al gato, quiero decir.

Y después todas las mañanas, durante una semana, abría montones de latas y me dedicaba a colocarlas sobre los asientos de piedra.

Tantas latas como romanos debía de haber contemplando a los cristianos, prácticamente.

Pero después conjecturé que el gato probablemente solo aparecería por la noche, pues tendría miedo, y por eso instalé otro generador más e incluso unos focos.

Aunque desde luego yo no tenía forma de saber si el gato había mordisqueado algo de la comida a mis espaldas, ya que la mayor parte de las latas no estaban del todo llenas ni cuando las abría.

En cualquier caso, me parecía que indudablemente valía la pena comprobarlo varias veces al día.

El nombre que le puse al gato fue Nerón.

Aquí, Nerón, solía llamarlo.

Bueno, sospecho que también lo intenté con Julio César y Heródoto y Poncio Pilatos en diversos momentos.

Puede que Heródoto fuese una pérdida de tiempo con un gato en Roma, ahora que lo pienso.

Sin duda alguna las latas seguirán allí en todo caso, formando una fila sobre los asientos.

Las lluvias las habrán dejado completamente vacías a estas alturas, desde luego.

Seguro que no había un gato en el Coliseo.

Aunque también llamé al gato Calpurnia, al cabo de un tiempo, cuando se me ocurrió que debía tener en cuenta todas las posibilidades.

Seguro que tampoco había una gaviota.

Es la gaviota que me trajo a esta playa de la que estoy hablando ahora.

Alta, alta, contra las nubes, poco más que un puntito, pero luego descendió en picado hacia el mar.

Seré sincera. En Roma, cuando creí ver al gato, estaba indudablemente loca. Y por eso creí ver al gato.

Aquí, cuando creí ver a la gaviota, no estaba loca. Por eso supe que no había visto a la gaviota.

Una y otra vez, las cosas arden. No me refiero únicamente a cuando yo misma les he prendido fuego, sino también a que arden por causas naturales. Y así trozos y fragmentos de residuos a veces son arrastrados por el viento y recorren largas distancias o alcanzan una gran altura.

Al final me había acostumbrado a esas cosas.

En cualquier caso, habría preferido enormemente creer que había visto a la gaviota.

De hecho, es mucho más probable que fuera pensar en los atardeceres lo que me trajo a esta playa.

Bueno, o pensar en el sonido del mar.

Después de que al final hubiera decidido que ya era hora de dejar de buscar, quiero decir.

¿He mencionado mis búsquedas en Damasco (Siria), o en Bethlehem o Troy (Nueva York<sup>[2]</sup>)?

Una vez, cerca del lago Como, en una escalinata de piedra que en cierto modo me recordaba a la de la plaza de España, metí varias monedas sueltas que encontré tiradas en mi Jeep en un teléfono público con la intención de preguntar por Giovanni Keats.

No tenía la menor idea de si Keats había visitado alguna vez el lago Como, por cierto.

Durante unas semanas, en México, también conduje un Jeep. Y por eso podía subir directamente por la ladera de la colina, en vez de tener que coger la carretera cada vez que iba al cementerio.

Ahora de repente me pregunto cuántos vehículos distintos habré usado desde que empezó todo esto.

Bueno, más de los que una podría recordar solo para ir a Cuernavaca o para volver de allí, desde luego. Con la de obstáculos que obligan a cambiar de vehículo, por no hablar de las veces en que se acaba la gasolina.

Cuando digo obstáculos en general me refiero a otros coches, por supuesto. Que se detenían en cualquier localidad inconveniente.

Y encima de los cuales siempre me preocupaba, como una tonta, de colocar mi equipaje también en esa época.

Salvo cuando me veía obligada a recorrer a pie una distancia demasiado considerable entre un vehículo y el siguiente, desde luego.

Pero incluso entonces, solía cargar una y otra vez con más de lo mismo en un santiamén.

Aquí tengo tres faldas vaqueras cruzadas y algunas camisetas de algodón.

La mayoría de las cuales en este momento están tiradas sobre arbustos, secándose al sol.

Ahora apenas conduzco, además.

De hecho, la ropa que está ahí en la fuente lleva seca unos cuantos días.

En otoño, cuando ya se han caído las hojas, podría verla desde el sitio exacto en que estoy sentada en este momento, probablemente.

El gato del Coliseo era marrón rojizo, por cierto.

La gaviota era la típica gaviota.

En realidad era ceniza, llevada a una altura asombrosa y mecida por las brisas.

Todas y cada una de esas faldas y camisetas están desteñidas, porque siempre me las olvido ahí tiradas.

Llevo puestas unas bragas, pero solo porque el asiento de esta silla no tiene cojín.

También acabo de traer unos arándanos de la cocina.

¿Era realmente alguna otra persona lo que yo estaba tan ansiosa por descubrir, cuando me dediqué a buscar durante tanto tiempo, o era únicamente que no podía soportar mi propia soledad?

Vagaba a través de un vacío interminable. De vez en cuando, cuando no estaba loca, me volvía poética. De verdad me permitía pensar en las cosas de esa manera.

El silencio eterno de esos espacios infinitos me da miedo. Por ejemplo, también pensaba en ellos de esa manera.

Por decirlo de algún modo, pensaba en ellos de esa manera.

Lo cierto es que subrayé esa frase en un libro titulado *Pensées* cuando estaba en la universidad.

Sin duda subrayé la frase sobre vagar a través de un vacío interminable en un libro que pertenecía a otra persona, además.

El gato que Pintoricchio puso en el cuadro de Penélope tejiendo podía ser gris, tengo la impresión.

Una vez soñé con la fama.

Por lo general, incluso entonces, estaba sola.

Hoy, un poco más tarde, es probable que me masturbe.

No me refiero a hoy, puesto que ya es mañana.

Bueno, ya es mañana porque he contemplado una puesta de sol y he dormido una noche desde que empecé a escribir estas páginas. Cosa que empecé a hacer ayer.

Quizá tendría que haber anotado eso.

Cuando los bosques empezaron a llenarse de sombras, y este rincón se oscureció, fui a la cocina y comí más arándanos, y después fui a la planta de arriba.

El atardecer de ayer fue un atardecer expresionista abstracto. Hace como una semana desde la última vez que disfruté de un Turner.

No me masturbo muy a menudo. Aunque a veces lo hago casi sin ser consciente de ello, la verdad.

En las dunas, quizá. Ahí sentada, arrullada por el oleaje.

Hay un reflujo, solo eso.

Sospecho que también lo he hecho mientras conducía, de todas formas.

Estoy bastante segura de que una vez me masturbé yendo por una carretera de La Mancha, cerca de un castillo que no dejaba de ver, pero al que parecía no acercarme nunca.

Había una explicación para el hecho de que no me acercara nunca al castillo.

Y la explicación es que el castillo estaba construido sobre una colina, y que la carretera dibujaba un círculo alrededor de la base de la colina sobre la que estaba construido el castillo.

Muy probablemente una podría haber conducido eternamente alrededor de ese castillo sin llegar nunca a él.

Antes de ver uno por primera vez, habría dicho que la expresión «castillos en España» no era más que una expresión.

Hay castillos.

Cerca de un lugar llamado Savona, que no está en España sino en Italia, una vez me salí de la carretera.

Una parte del terraplén se había desmoronado. Este lugar está en la costa, el lugar del que habló, de modo que si una se sale del terraplén, se cae al agua.

En vez de contemplar un castillo había estado contemplando el agua, sin duda.

Lo cierto es que el coche se dio la vuelta.

Solo me hice daño en el hombro, unos momentos después.

Bueno, en el mismo hombro en el que ahora tengo artritis, ahora que lo pienso. Nunca había establecido ese vínculo.

Quizá no haya ningún vínculo.

En cualquier caso, el coche también empezó a llenarse de agua.

Curiosamente, no sentí miedo en absoluto. O quizás fuera darme cuenta de que no me había hecho nada grave lo que me dio seguridad.

En cualquier caso, comprendí que abrir la puerta y salir era una idea sensata, dadas las circunstancias.

No podía abrir la puerta.

Durante todo este tiempo, estuve en el techo del coche, por cierto.

Quiero decir, en la parte interior del techo, evidentemente. Y con la alfombrilla de goma del suelo que me había caído encima.

No recuerdo qué clase de coche conducía en esa época.

Bueno, ya no lo conduciría mucho más, de todos modos.

Lo que estaba haciendo era intentar llegar a gatas hasta la puerta de enfrente.

El agua solo me llegaba hasta la parte de arriba de las correas de mis sandalias.

En cualquier caso, esa experiencia me aterrorizó.

Soy consciente de que acabo de decir que no me había asustado en absoluto.

Lo cierto es que lo que pasó fue que no sentí miedo hasta que hubo terminado.

Una vez hube vuelto a subir al terraplén y hube visto el coche dado la vuelta en el agua, me asusté extraordinariamente.

No puedo decir con ninguna certeza que estuviera masturbándome cuando no me di cuenta de que el terraplén se había caído.

Ni si estaba conduciendo hacia Savona o ya había pasado Savona.

Lo que es bastante seguro es que estaba entrando en Italia, y no saliendo, ya que al entrar en Italia por esa costa una tiene el mar a la derecha, que es el lado desde el que caí a él.

Aunque no tengo el menor recuerdo de haber entrado en Italia conduciendo desde la dirección que digo.

Sin duda esto es en parte por la edad, que difumina esa clase de distinciones.

Bien pensado, en realidad sí podría tener bastante más de cincuenta años.

Una vez más, el espejo no es de gran ayuda. Una necesitaría algún tipo de vara de medir, o un método de comparación.

Había un espejo minúsculo, como de bolsillo, en la misma mesa junto a la cama de mi madre, esas últimas semanas.

Nunca sabrás cuánto significa para mí que seas artista, Kate, me dijo una noche.

No hay materiales de pintura en esta casa.

En realidad, había un lienzo en una pared, cuando llegué. Justo encima y un poco a un lado de donde está esta máquina de escribir, de hecho.

Un cuadro de esta misma casa, aunque tardé algunos días en darme cuenta de ello.

No porque no fuera una representación satisfactoria, sino porque yo todavía no había contemplado la casa desde ese punto de vista.

Ya había llevado el cuadro a otra habitación para cuando lo hice.

De todos modos, pensaba que era un cuadro de esta casa.

Después de concluir que lo era, o que parecía serlo, no volví a entrar en la otra habitación para verificar mi conclusión.

Entro en las habitaciones con poca frecuencia, y he cerrado esas puertas.

No hubo nada extraordinario en el hecho de que las cerrara. Probablemente solo las cerrase porque no me apetecía barrer.

El viento hace que entren hojas y unas semillas de álamo peludas y esponjosas.

Esta habitación es bastante grande. Fuera hay una plataforma, construida sobre dos de los lados de la casa de modo que dé tanto al bosque como a las dunas.

Dos de las cinco puertas cerradas están en la planta de arriba.

No estoy contando el baño, donde está el espejo.

De hecho, bien podría haber cuadros adicionales en esas otras habitaciones. Podría ir a mirar.

No hay cuadros en las habitaciones cerradas. O por lo menos no en las tres habitaciones cerradas que están en la planta de abajo.

Aunque acabo de reemplazar el cuadro de la casa.

Es satisfactorio tener obras de arte alrededor.

En el salón de mi madre, en Bayonne (Nueva Jersey), había varios cuadros míos. Dos eran retratos, de ella y de mi padre.

Nunca fui capaz de hallar el valor para preguntarle si quería que quitara ese espejo.

Una tarde, sin embargo, el espejo ya no estaba allí.

La verdad es que apenas hacía retratos.

Los de mi madre y mi padre ahora están en el Metropolitan, en una de las principales galerías de pintura de la segunda planta.

Bueno, todos mis cuadros ahora están en esas galerías del Metropolitan.

Lo que hice fue colocarlos entre varios lienzos de la colección permanente, en las paredes en que había espacio suficiente.

Unos pocos se superponían a esos otros, pero únicamente en las esquinas inferiores, por lo general.

Muy probablemente los míos se habrán deformado un poco desde entonces, en cualquier caso.

Por haber estado tantos años apoyados en vez de colgados, quiero decir.

Bueno, y unos cuantos nunca habían estado enmarcados, tampoco.

Por cierto, cuando hablo de todos mis cuadros, me refiero únicamente a los que no vendí, desde luego.

Aunque lo cierto es que algunos estuvieron en exposiciones colectivas, o prestados, claro.

Vi uno de ellos por pura casualidad cuando estaba en Roma, de hecho.

La verdad es que casi me había olvidado de él. Y entonces en el escaparate de una galería municipal que había en una calle cerca de la via Vittorio Veneto, ahí estaba mi nombre en un cartel.

La verdad es que fue el nombre de Louise Nevelson el que atrajo mi mirada primero. Pero de todos modos.

Sentada en un automóvil con matrícula inglesa y el volante a la derecha, solo un día después, vi la Piazza Navona llenarse de nieve, lo cual seguro que es raro.

A comienzos del Renacimiento, aunque también en Roma, Brunelleschi y Donatello iban por ahí midiendo las ruinas con tanto esmero que la gente pensaba que estaban locos.

Pero después de eso Brunelleschi regresó a su hogar, en Florencia, y creó la cúpula más grande desde la antigüedad.

Bueno, esa fue una de las razones por las que lo llamaron el Renacimiento, evidentemente.

Fue Giotto quien construyó el hermoso campanario que hay al lado de esa misma catedral.

Una vez, cuando le pidieron que enviara una muestra de su trabajo, lo que envió Giotto fue un círculo.

Bueno, la idea es que era un círculo perfecto.

Y que Giotto lo había pintado a mano alzada.

Cuando murió mi padre, menos de un año después que mi madre, me encontré ese mismo espejo minúsculo en un cajón lleno de fotos antiguas.

Lo cierto es que en Roma no cae una auténtica nevada más que una vez cada setenta años, más o menos.

Lo cual es aproximadamente la frecuencia con la que el Arno se desborda en Florencia. Aunque quizá no haya ningún vínculo entre estas dos cosas.

Sin embargo, no es imposible que gente como Leonardo da Vinci o Andrea del Sarto o Taddeo Gaddi pasaran la vida entera sin ver jamás a unos niños tirando bolas de nieve.

Si hubieran nacido un poco más tarde, podrían haber visto los cuadros de Brueghel de chicos haciendo eso, al menos.

Resulta que yo me creo la historia de Giotto y el círculo, por cierto. Es que algunas historias son gratas de creer.

También creo que conocí a William Gaddis una vez. No parecía italiano.

Por el contrario, no me creo ni una palabra de lo que he escrito, unas líneas atrás, sobre que Leonardo da Vinci y Andrea del Sarto y Taddeo Gaddi nunca vieron la nieve, lo cual es ridículo.

Tampoco soy capaz de recordar si me topé con el cartel con mi nombre escrito antes o después de ver al gato en el Coliseo.

El gato del Coliseo era naranja, por si no lo he señalado, y había perdido un ojo.

De hecho, no era para nada el gato más bonito del mundo, aunque yo estuviera tan ansiosa por verlo otra vez.

Simon tuvo un gato, una vez. Al que nunca logramos decidir qué nombre ponerle.

Gato, así era como lo llamábamos.

Aquí, cuando llegan las nieves, los árboles trazan una extraña caligrafía contra la blancura. El propio cielo con frecuencia está blanco, y las dunas quedan ocultas, y la playa está blanca hasta el borde del agua, también.

Por decirlo de algún modo, casi todo lo que soy capaz de ver, entonces es ese lienzo mío de tres metros, con sus cuatro capas opacas de yeso.

De vez en cuando enciendo hogueras en la playa, sin embargo.

Bueno, en otoño, o a comienzos de la primavera, es cuando más tiendo a hacer eso.

Una vez, después de hacer eso, arranqué las páginas de un libro y también les prendí fuego, y luego lancé cada página contra la brisa para ver si la brisa podía hacerlas volar.

Casi todas las páginas cayeron justo a mi lado.

El libro era una vida de Brahms, y había estado inclinado sobre uno de los estantes que hay aquí y que la humedad había dejado deformado para siempre. Aunque estaba impreso en un papel increíblemente barato, para empezar.

Cuando digo que a veces oigo música en mi cabeza, por cierto, casi siempre sé de quién es la voz que estoy oyendo, si la música es música vocal.

No recuerdo quién cantaba ayer la *Rapsodia para contralto*, sin embargo.

Yo no había leído la vida de Brahms. Pero creo que en esta casa hay un libro que sí que he leído, desde que vine.

De hecho, una podría decir que son dos libros, ya que se trata de una edición en dos volúmenes de obras de teatro de la Grecia Antigua.

Aunque donde en realidad leí ese libro fue en la otra casa que estaba junto a la playa, un poco más lejos, la que dejé reducida a cenizas. El único libro al que le he echado un vistazo en esta casa es un atlas, porque quería recordar dónde está Savona.

De hecho, no hace ni diez minutos desde que hice eso, cuando decidí traer el cuadro de la casa aquí fuera.

El cual ahora no estoy segura de si es un cuadro de esta casa o de una casa que simplemente se parece mucho a esta casa.

El atlas estaba en un estante justo encima de donde había estado apoyado el cuadro.

Y justo al lado de una vida de Brahms, impresa en un papel increíblemente barato e inclinada de tal modo que había quedado deformada para siempre.

Presumiblemente era otro libro distinto del que arranqué las páginas y les prendí fuego con la intención de imitar a una gaviota.

Salvo, por supuesto, que hubiera dos vidas de Brahms en esta casa, ambas impresas en papel barato y ambas estropeadas por la humedad.

Kathleen Ferrier es quien estaba cantando la *Rapsodia para contralto*.

Supongo que no es necesario que explique que cualquier versión de cualquier música que me venga a la cabeza es la versión con la que alguna vez estuve más familiarizada.

En el SoHo, mi grabación de la *Rapsodia para contralto* era una grabación antigua de Kathleen Ferrier. Y ahora el trozo suelto de cinta adhesiva está arañando la ventana de la habitación de al lado de nuevo, y de nuevo suena como un gato.

No se le pone nombre a una gaviota.

Una vez, cuando estaba oyéndome a mí misma leer las obras de teatro griegas en voz alta, algunas de las frases me sonaron como si hubieran sido escritas bajo la influencia de William Shakespeare.

Una se quedaría bastante perpleja al preguntarse cómo pudieron Esquilo o Eurípides leer a Shakespeare.

Me acordé de una anécdota, sobre algún otro escritor griego, que había comentado que si pudiera estar seguro de que hay vida después de la muerte, se ahoraría muy felizmente para ver a Eurípides. Básicamente, esto no me pareció relevante, en cualquier caso.

Al final se me ocurrió que el traductor sin duda había leído a Shakespeare.

Por lo general yo no pensaría que esta es una deducción memorable, salvo por el hecho de que estaba incontestablemente loca en la época en que leí esas obras de teatro.

De hecho, hasta ahora no me había dado cuenta de que quizás no estuviera cocinando en absoluto cuando dejé esa otra casa reducida a cenizas, sino que quizás se incendiara durante el proceso de arrojar las páginas de *Las troyanas* al fuego tras haber terminado de leerlas por las dos caras.

Por el contrario, no tengo ni idea de por qué habré afirmado que era una vida de Brahms lo que quemé, en la playa, cuando no hacía ni diez minutos que me había fijado en la vida de Brahms que había junto al atlas que estaba al lado del cuadro.

Hay preguntas que parecen incontestables.

Como qué habrá pensado mi padre al verse en fotos antiguas y después mirarse al espejo que había junto a la cama de mi madre.

O si una habría llegado alguna vez al castillo o no, en el caso de haber continuado por aquella carretera.

Bueno, en ese caso sin duda al final había un límite.

Al castillo, debería haber dicho algún cartel.

En un Jeep, una podría haber subido directamente por la ladera de la colina, en vez de continuar por la carretera.

Mientras tanto, una no pasa ni un instante mirando un castillo de La Mancha sin acordarse también de don Quijote, por supuesto.

Del mismo modo en que una no puede pasar un rato en Toledo sin acordarse del Greco, aunque resulte que el Greco no fuera español.

Con demasiada frecuencia una oye hablar de él como si lo fuera, sin embargo.

Los famosos artistas españoles como Velázquez o Zurbarán o el Greco, esa es la clase de cosas que una oye.

Una apenas oye decir que era griego, en cambio.

Los famosos artistas griegos como Fidias o Teófanes o el Greco, esa es la clase de cosa que una no oye casi nunca.

Sin embargo, no es imposible imaginar que el Greco descendía directamente de alguno de esos otros griegos, cuando una se para a pensarlo.

Seguro que habría sido fácil perderle el rastro, a lo largo de tantos años. Pero ¿quién puede asegurar que no se podría retroceder incluso más atrás, hasta alguien como Aquiles? ¿Por qué no?

Estoy casi segura de que Helena tenía al menos un hijo, de todos modos.

Ahora el cuadro sí que parece ser de esta casa.

De hecho, también parece haber alguien en la misma ventana de la planta de arriba desde la que contemplo la puesta de sol.

No me había fijado en ella en absoluto, hasta ahora.

Si es que es una mujer. Las pinceladas son bastante abstractas, en ese punto, de modo que apenas se insinúa que hay alguien, en realidad.

En cualquier caso, es interesante ponerse a especular de repente sobre quién podría estar acechando junto a la ventana de mi dormitorio mientras yo estoy escribiendo a máquina aquí, justo debajo.

Bueno, y en la pared que hay justo encima y un poco a un lado de donde estoy, al mismo tiempo.

Todo esto no es más que un modo de hablar, por supuesto.

Aunque acabo de cerrar los ojos y por lo tanto podría añadir que por el momento la persona no estaba únicamente en la planta de arriba y en la pared, sino también en mi cabeza.

Si yo saliera de la casa y fuese hasta donde pudiera ver la ventana, e hiciera eso mismo otra vez, la disposición podría volverse mucho más complicada.

Es más, acabo de darme cuenta de otra cosa del cuadro.

La puerta que yo suelo usar para entrar y salir, que da al porche delantero de la casa, está abierta.

Resulta que no hace ni dos minutos que he cerrado esa misma puerta.

Pero, evidentemente, ninguno de mis actos, tampoco ese, modifica en absoluto el cuadro.

De todos modos, acabo de cerrar los ojos de nuevo, para ver si podía imaginarme el cuadro con la puerta que da al porche cerrada.

No era capaz de cerrar la puerta que da al porche en la versión del cuadro que tenía en la cabeza.

Si tuviera algunos pigmentos, podría pintarla cerrada en el mismo cuadro, en el caso de que esto comenzase a perturbarme en serio.

No hay materiales de pintura en esta casa.

Indiscutiblemente, en una época aquí tuvo que haber toda clase de materiales de esa clase, sin embargo.

Bueno, con la excepción de aquellos que ella llevaba a las dunas, ¿en qué otro sitio los podría haber guardado la pintora?

Ahora he hecho que también la pintora sea mujer. Sin duda, debido a mi sensación constante de que es una mujer quien hay en la ventana.

Pero en cualquier caso, una todavía puede suponer que debe de haber materiales de pintura adicionales dentro de la casa del cuadro, aunque no pueda verse nada de eso en el propio cuadro.

De hecho, no resulta menos posible que también haya personas adicionales dentro de la casa, encima y detrás de la mujer que hay en mi ventana.

Aunque pensándolo bien, muy probablemente los demás podrían estar en la playa, ya que es por la tarde y es verano en el cuadro, aunque no son más de las cuatro.

Así que lo próximo es preguntarse necesariamente por qué la mujer que hay en la ventana no ha ido también a la playa, ya que estamos.

Aunque al pensarlo de nuevo he decidido que la mujer bien puede ser un niño.

Así que quizá la han obligado a quedarse en casa a modo de castigo, por portarse mal.

O quizá estuviese enferma.

Probablemente no haya nadie en la ventana en el lienzo.

A las cuatro de la tarde intentaré calcular con exactitud desde qué lugar de las dunas la pintora adoptó su punto de vista, y después veré cómo caen las sombras, ahí arriba.

Aunque tendré necesariamente que suponer cuándo son las cuatro de la tarde, ya que no hay ningún tipo de reloj en esta casa, tampoco.

Lo único que una tiene que hacer es lograr que coincidan las sombras reales de la casa con las sombras pintadas del cuadro, en cualquier caso.

Aunque quizá las sombras reales de la ventana que veo cuando salgo no resuelvan nada en relación con el cuadro.

Quizá no salga.

Una vez creí ver a alguien en una ventana real, ya que estoy hablando del tema.

En Atenas fue esto, y cuando yo todavía me dedicaba a buscar, lo cual hizo que ese hecho se convirtiera en una especie de acontecimiento.

Bueno. Incluso más que lo del gato en el Coliseo, casi.

De hecho, una también podía ver la Acrópolis desde esa misma ventana en cuestión.

La cual estaba en una calle llena de tabernas.

De todos modos, cuando el sol se situaba en el ángulo desde el que Fidias había adoptado su punto de vista, el Partenón casi parecía brillar.

De hecho, el mejor momento para ver eso suele ser también a las cuatro de la tarde.

Sin duda, las tabernas desde las que se podía ver eso hacían más negocio que las tabernas desde las que no se podía, de hecho, a pesar de que se encontraban todas en la misma calle.

Salvo, por supuesto, que estas últimas fueran frecuentadas por gente que llevaba viviendo en Atenas tanto tiempo como para haberse cansado de verlo.

A veces pasan cosas así. Como en el caso de Guy de Maupassant, que ingería su comida todos los días en la torre Eiffel.

Bueno, la cuestión es que ese era el único lugar de París desde el que no tenía que mirarla.

Juro por mi vida que no tengo la menor idea de cómo sé eso. Del mismo modo en que no tengo ni idea de por qué sé que a Guy de Maupassant le gustaba remar.

Cuando he dicho que Guy de Maupassant ingería su comida todos los días en la torre Eiffel para no tener que mirarla, me refería a que era la torre Eiffel lo que no quería mirar, por supuesto, y no su comida.

El lenguaje de una es con frecuencia impreciso, he descubierto.

Aunque resulta que tengo un bote de remos propio.

De vez en cuando, remo una buena distancia.

Pasadas las grandes olas que hay cerca de la orilla, las corrientes hacen casi todo el trabajo.

El regreso remando puede ser difícil, sin embargo, si una permite que las corrientes la lleven demasiado lejos.

De hecho, el bote de remos es mi segundo bote de remos.

El primer bote de remos desapareció.

Sin duda no lo había dejado bien encallado en la playa. Una mañana, o probablemente una tarde, sencillamente había desaparecido.

Unos días más tarde, anduve por la playa hasta más lejos de lo que nunca había andado antes, pero no había vuelto a la costa.

No sería el único bote a la deriva, si es que sigue a la deriva.

Bueno, como ese queche del Egeo, para empezar.

A veces me gusta creer que a estas alturas las corrientes lo han llevado hasta el otro lado del océano. Hasta un lugar tan lejano como las Islas Canarias, por ejemplo, o Cádiz, en la costa española.

Bueno, ¿quién podría discutir que no es posible que haya llegado incluso hasta un lugar tan lejano como Esciros?

No recuerdo el nombre de la calle en la que estaban todas esas tabernas.

Probablemente nunca supiera el nombre de ninguna de las calles de Atenas, de todas maneras, ya que no hablo ni una palabra de griego.

Cuando digo que no hablo ni una palabra, me refiero a que tampoco soy capaz de leer ni una, evidentemente.

Una desde luego querría pensar que los griegos han sido imaginativos a ese respecto, en cualquier caso.

Avenida de Penélope sería una posibilidad satisfactoria, por ejemplo, o calle de Casandra.

Por lo menos tiene que haber un bulevar de Aristóteles, seguro. O una plaza de Heródoto.

¿Por qué he dado a entender que fue Fidias quien construyó el Partenón cuando fue alguien llamado Ictino?

A pesar de subrayar con frecuencia frases de libros que no me habían mandado leer, lo cierto es que me fue bien en la universidad.

De modo que una por lo general era capaz de identificar los planos de esas estructuras en los exámenes finales.

Pero entonces, ¿en qué poema estoy pensando ahora, que dice algo de unos pájaros que cantan dulcemente y que se venden en las tiendas para que se los coma la gente?

¿Que se venden en las tiendas, dice acaso, de la Calle del Demente?

No creo haber mencionado a Casandra en ninguna de las páginas precedentes, ahora que lo pienso. Voy a llamar a la calle en la que están las tabernas la calle de Casandra.

Cassandra desde luego es un nombre adecuado para una calle en la que creí ver una persona en una ventana, en cualquier caso.

Bueno, y especialmente acechando desde ella.

¿O es simplemente la idea de alguien acechando desde mi ventana en el cuadro lo que me ha hecho establecer este vínculo?

En cualquier caso, así, acechando desde una ventana, es exactamente como una tiende a imaginarse a Casandra después de que Agamenón se la hubiera llevado de Troya como parte del botín, la verdad.

Incluso cuando Clitemnestra le está diciendo *hola* a Agamenón y proponiéndole un buen baño caliente, una tiende a imaginársela de ese modo.

Bueno, pero Casandra también es capaz de ver cosas en todo momento, por supuesto. De modo que incluso sin una ventana desde la que acechar, se habría percatado muy pronto de esas espadas que había junto a la bañera.

No es que nadie aprendiera jamás a prestar la menor atención a una sola palabra de las que dijo Casandra en su vida, de todos modos.

Bueno, esos trances enloquecidos en que entraba.

Tampoco podría haber habido una calle en Atenas nombrada en honor a ella, evidentemente. Al igual que no podría haber una nombrada en honor a Héctor, o a Paris.

Aunque ahora que lo pienso, no es imposible que los sentimientos de la gente cambien al cabo de tantos años.

En la esquina de la calle de Casandra y el camino del Greco, a las cuatro de la tarde, vi a alguien asomado a una ventana, acechando.

No había nadie asomado a la ventana, que era un escaparate de una tienda que vendía artículos para artistas.

Era un pequeño lienzo extendido, cubierto con una capa de yeso, que había recalcado mi propio reflejo al pasar por delante.

En cualquier caso, cómo estuve a punto de sentirme. En medio de esa gran búsqueda.

Aunque, en realidad, donde vi mi propio reflejo bien puede haber sido en el escaparate de una librería.

En cualquier caso, las dos tiendas eran contiguas. La que tenía libros fue en la que decidí entrar.

Todos los libros de la tienda estaban en griego, por supuesto.

Probablemente una pequeña parte de ellos fueran libros que yo había leído en inglés, aunque por supuesto no habría tenido manera de saber cuáles.

Probablemente uno de ellos fuera una edición en griego de las obras de teatro de William Shakespeare. De un traductor muy influido por la lectura de Eurípides.

El yeso tiene un aspecto muy raro, para ser una palabra, cuando una la escribe.

Habría servido para evitar que mis lienzos se deformaran, si yo no hubiera hecho esos agujeros de bala en las claraboyas, evidentemente.

Si el humo hubiera retrocedido, los inviernos ahí en el Metropolitan habrían sido complicados, sin embargo.

Lo cierto es que una puede sentirse triste al entrar en una tienda llena de libros y no ser capaz de reconocer ni uno.

La librería de la calle de debajo de la Acrópolis me hizo sentir triste.

Aunque ahora acabo de decidir categóricamente que el cuadro no es un cuadro de esta casa.

Sin duda, es un cuadro de la otra casa, la que estaba junto a la playa, un poco más lejos, que se quemó.

La verdad es que ya no puedo recordar esa otra casa en absoluto.

Aunque quizá esa casa y esta casa fueran idénticas. O muy parecidas, en cualquier caso.

Las casas que están junto a la playa suelen ser así, debido a que las construye gente que tiene un gusto esencialmente parecido.

Aunque en realidad no puedo estar completamente segura de que el cuadro siga estando en la pared a mi lado, ya que ya no lo estoy mirando.

Muy probablemente, lo llevé de vuelta a la habitación con el atlas y la vida de Brahms. Tengo una nítida sospecha de que se me pasó por la cabeza hacer eso.

El cuadro está en la pared.

Y al menos hemos comprobado que no fue la vida de Brahms aquello a cuyas páginas también prendí fuego, ahí en la playa.

Salvo que como ya he sugerido, alguien que vivía en esta casa poseyera dos vidas de Brahms, ambas impresas en papel barato y ambas estropeadas por la humedad.

O que las hayan poseído dos personas, que quizá sea lo más probable.

Quizá dos personas que no fueran demasiado cordiales la una con la otra, de hecho. Aunque a ambas les interesara Brahms.

Quizá una de ellas era la pintora. Bueno, y la otra podría ser la persona de la ventana, ¿por qué no?

Quizá la pintora, siendo una pintora de paisajes, no tenía el menor deseo de pintar a la otra persona, de hecho. Pero quizá la otra persona insistiera en asomarse a la ventana mientras la pintora estaba trabajando.

Muy probablemente esto puede haber sido lo que hizo que se disgustaran la una con la otra en un primer momento.

Si la pintora hubiese cerrado los ojos, o sencillamente se hubiese negado a mirar, ¿la otra persona habría seguido asomada a la ventana?

Una también podría preguntar si la propia casa habría seguido estando ahí.

Y ¿por qué también yo me he tomado la molestia de cerrar de nuevo los ojos?

Todavía noto la máquina de escribir, por supuesto. Y oigo las teclas.

También noto el asiento de esta silla, a través de las bragas.

Al hacer esto ahí en las dunas, la pintora habría notado la brisa. Y la luz del sol.

Bueno, y habría oído el oleaje.

Ayer, cuando estaba oyendo a Kirsten Flagstad cantar la *Rapsodia para contralto*, ¿qué oía realmente?

En invierno, cuando la nieve lo cubre todo y deja solo esa extraña caligrafía de los espinazos de los árboles, se parece un poco a cerrar los ojos.

Desde luego, la realidad se altera.

Una mañana te levantas y todo el color ha dejado de existir.

Todo lo que una es capaz de ver, entonces, es como ese lienzo mío de tres metros, con sus cuatro capas opacas de escayola y pegamento.

Eso ya lo he dicho.

De todos modos, es casi como si una pudiera pintar el mundo entero, y de la manera que quisiese.

Permitir que las pinceladas que una da se vuelvan abstractas en una ventana o no.

Aunque quizá fuera a Casandra a quien intenté retratar en un primer momento, sobre esos cuatro metros y medio cuadrados, y no a Electra.

A pesar de que una parte que siempre me ha gustado es cuando Orestes al fin regresa, después de tantos años, y Electra no reconoce a su propio hermano.

¿Qué quiere usted, desconocido? Creo que esto es lo que le dice Electra. Bueno, es en la ópera en lo que estoy pensando ahora, sospecho.

En el cruce de la avenida de Richard Strauss y el camino de Johannes Brahms, a las cuatro de la tarde, alguien me llamó por mi nombre.

¿Tú? ¿Es posible que seas tú?

¡Imagínate! ¡Y precisamente aquí!

El Partenón, tan hermoso bajo el sol de la tarde, fue, estoy bastante segura, lo único que me conmovió.

En Grecia, nada menos, de donde vienen todas las artes y todas las historias.

En cualquier caso, durante un tiempo, casi deseé echarme a llorar.

Quizá sí que llorase, aquella tarde.

Aunque quizá fuese también el cansancio, tras el velo de locura que me había protegido, y que, esa tarde, había desaparecido.

Una tarde ves el Partenón y con esa única visión tu locura desaparece momentáneamente.

Llorando, recorres las calles cuyos nombres ignoras y alguien te llama por tu nombre.

Eché a correr y me metí en un callejón, que resultó ser un callejón sin salida.

¡Sin duda, eres tú!

Yo también tenía un arma. Mi pistola, la de las claraboyas.

Bueno, cuando me dedicaba a buscar, casi siempre la llevaba conmigo.

Buscaba con desesperación, como ya he dicho.

Pero de todos modos, porque nunca se sabe con quién puede encontrarse una, también.

Hasta que no anocheció, no salí del callejón sin salida.

Y vi mi propio reflejo tras el escaparate de una tienda de artículos para artistas, recalcado contra un pequeño lienzo extendido.

La verdad es que uno de los libros que había en la tienda de al lado de esa sí que resultó estar en inglés.

Era una guía de aves del sur de Connecticut y el Long Island Sound.

Dormí en el coche que estaba usando en ese momento. Que era una furgoneta Volkswagen llena de instrumentos musicales.

Kathleen Ferrier muy probablemente había muerto incluso antes de que yo comprara esa vieja grabación, me parece ahora.

He olvidado lo que fuese que quería decir al mencionar eso, de todos modos.

*Velo de locura* es una manera terriblemente pretenciosa de escribir, además.

A la mañana siguiente, cogí el coche y conduje en el sentido contrario al de las agujas del reloj, entre montañas, hacia Esparta, lugar que deseaba visitar antes de marcharme de Grecia.

No se me ocurrió consultar el libro de las aves para ver qué me podía contar sobre las gaviotas.

A mitad de camino hacia Esparta, me vino la regla.

Durante toda mi vida, la regla siempre ha logrado sorprenderme.

Y eso a pesar de que en general me he sentido indisposta o de mal humor durante los días previos, cosa que casi invariablemente he achacado a otras causas.

De modo que, sin duda, no fue el Partenón lo que me hizo llorar después de todo.

Ni siquiera mi locura había desaparecido necesariamente.

Para entonces, evidentemente, lo otro ya estaba ocurriendo.

Y entonces alguien me llamó por mi nombre.

Hoy sigo menstruando, por cierto, aunque de manera irregular.

De lo contrario, mancharía. Durante semanas.

Pero luego puede que no vuelva a hacerlo en meses.

Por supuesto, no hay nada en la *Ilíada*, ni en ninguna de las obras de teatro, sobre nadie menstruando.

Ni en la *Odisea*. Así que sin duda no fue una mujer la que la escribió, después de todo.

Antes de que me casara, mi madre descubrió que Terry y yo nos acostábamos.

¿Hubo alguien antes de Terry? Esta fue una de las primeras preguntas que me hizo entonces mi madre.

Yo le dije que había habido alguien.

¿Lo sabe Terry?

Yo le dije que sí también a eso.

Ay, jovencita loca, me dijo mi madre.

Mientras iban pasando los años, con frecuencia sentía una gran tristeza por la vida que había vivido mi madre.

¿Qué sabemos nosotros en realidad, de todos modos?

No se me ocurre ninguna razón por la que esto deba recordarme a la vez en que, debido a que tenía la regla, me caí por la escalera central del Metropolitan y me rompí el tobillo.

En realidad, quizá no me lo rompiera y únicamente me hiciera un esguince.

A la mañana siguiente se me había hinchado al doble de su tamaño normal, en cualquier caso.

En un determinado momento estaba por la mitad de la escalera, y un momento después estaba imitando a Ícaro.

Lo que estaba haciendo era transportar esa monstruosidad de lienzo, que era extraordinariamente poco manejable.

La manera en que una transporta una monstruosidad semejante es aferrando los listones del bastidor, por la parte de atrás, lo cual supone que una no tiene ninguna posibilidad en absoluto de ver hacia dónde va.

De todos modos, yo pensaba que me estaba apañando bien. Hasta esa vez en que todo el artilugio se me escapó volando.

Probablemente fuera un viento lo que provocó eso, ya que en el museo había muchas más ventanas rotas de las que yo había roto apostando, para entonces.

Presumiblemente fue un viento que llegaba desde abajo, de hecho, ya que lo que el lienzo pareció hacer fue elevarse delante de mí. Y después elevarse un poco más.

Llamativamente poco después ya estaba debajo de mí, en cualquier caso.

El dolor era atroz.

Estoy chorreando, eso fue lo que pensé al principio, en cualquier caso. Y ni siquiera llevo unas bragas puestas, bajo esta falda cruzada.

La verdad es que en realidad pensé eso dos segundos antes, quizá.

Y por lo tanto había cambiado la postura en la que estaba de pie, por supuesto, para cerrarme de piernas.

Olvidando que en ese mismo instante llevaba cuatro metros y medio cuadrados de lienzo, sobre un bastidor, mientras subía por una escalera de piedra.

En retrospectiva, ni siquiera me parece improbable que no hubiera habido viento en absoluto.

Y por supuesto, todo esto había ocurrido sin que aparentemente hubiera tampoco ninguna advertencia previa.

Aunque sin duda, yo llevaba sintiéndome indispuesta o de mal humor unos cuantos días, lo cual invariablemente había achacado a otras causas.

El museo, por supuesto, disponía de muletas, e incluso de sillas de ruedas, precisamente para emergencias semejantes.

Bueno, quizá no fueran para emergencias exactamente semejantes.

Las cuales estaban en la planta baja, en cualquier caso, junto a otros artículos de primeros auxilios.

Me habría resultado incomparablemente más fácil subir la escalera a gatas de lo que me resultó bajarla.

La mayor parte de mis accesorios estaban también ahí abajo, de todos modos. Creo que ya he mencionado que todavía poseía accesorios en esa época.

Resulta que me volví sorprendentemente hábil manejando mi silla de ruedas en muy poco tiempo.

Me escabullía desde un extremo de la planta baja hasta el otro, de hecho, cuando me venía en gana.

Desde las antigüedades griegas y romanas hasta las egipcias, o ¡fiuuu!, alrededor del templo de Dendur.

A menudo también con música de Berlioz, o de Ígor Stravinski, para acompañarme a mí misma.

De vez en cuando, ese tobillo todavía me duele.

Esto sucede por lo general en función del tiempo, de hecho.

Juro por mi vida que no soy capaz de recordar para qué intenté subir el lienzo por la escalera, por otra parte.

Para pintar en él, habría que suponer.

Aunque pensándolo bien, después de haber pasado meses sin pintar en él, quizá deseara ponerlo en algún lugar en el que no me estuviera recordando continuamente que no lo había hecho.

Un lienzo de tres metros de alto y un metro y medio de ancho no es un recordatorio que una pueda ignorar así como así.

Sin duda, tenía algo en la cabeza, de todos modos.

Hay un reproductor de cassetes aquí en la camioneta, ahora que lo pienso.

Parece que no hay ningún casete, sin embargo.

Una vez, al cambiar de vehículo junto a unas pistas de tenis que había en Bayona, en Francia, giré la llave de arranque y me encontré escuchando las *Cuatro canciones serias* de Brahms.

Aunque probablemente esté pensando en las *Cuatro últimas canciones* de Richard Strauss.

En cualquier caso, no era Kathleen Ferrier la que cantaba.

Lo cierto es que un porcentaje bastante elevado de los vehículos que una se encuentra tienen reproductor de cassetes, muchos de los cuales están encendidos.

Rara vez se me ocurriría prestarle la menor atención a este hecho, sin embargo.

Evidentemente, el principal interés de una en esos momentos se dirigiría a si la batería todavía funciona.

Suponiendo que una ya hubiera determinado que en el vehículo había una llave, y gasolina.

Era Kirsten Flagstad la que cantaba en Bayona. Que en realidad era Burdeos.

La verdad es que una, por lo general, se siente lo bastante satisfecha de que un coche arranque como para haber recorrido una cierta distancia antes de darse cuenta de si el reproductor de casetes está encendido o no.

O al menos de haberse librado de los obstáculos que hubieran hecho necesario cambiar de vehículo.

Con frecuencia, son los puentes los que provocan ese cambio. Basta un solo coche molesto para hacer de un puente común y corriente un lugar imposible de cruzar.

Durante unos cuantos años, yo solía tomarme la molestia de trasladar mi equipaje de un vehículo al siguiente, ¿por qué no? En algunos viajes, incluso pensé en llevarme un carrito.

Cuando vivía en el Metropolitan, remolqué lo que obstruía algunas de mis vías de entrada, al fin.

Bueno, o a veces empleaba un Land Rover e iba y venía directamente a través del césped de Central Park.

Ya no hay ningún problema en relación con el nombre de mi marido, por cierto. Aunque nunca he vuelto a verlo desde que nos separamos tras la muerte de Simon.

De hecho, hay un carrito en el sótano de esta casa.

No es un carrito de mi propiedad, puesto que yo ya casi nunca empleo esa clase de artilugios. Más bien estaba ahí cuando llegué.

En el sótano también hay ocho o nueve cajas de libros, que se suman a los muchos libros que hay en las diversas habitaciones de aquí arriba.

El carrito está terriblemente oxidado, como las diversas bicicletas.

El sótano es incluso más húmedo que el resto de la casa. Yo dejo esa puerta cerrada.

La entrada al sótano está en la parte de atrás de la casa, y debajo de un terraplén de arena, de modo que no se ve en el cuadro.

El punto de vista que se adopta en el cuadro es exterior, delante de la casa, por si no lo he señalado todavía.

También hay varias pelotas de béisbol en el sótano, en un estante.

Hay también una cortadora de césped, aunque solo hay una zona de hierba extremadamente pequeña a un lado de la casa, que me imagino que nunca ha sido cortada.

Esa zona de hierba, por otra parte, parece distinguirse con claridad en el cuadro.

Ahora veo que, de hecho, sí que se cortó en la época en que la pintora la pintó.

Las cosas de las que una se da cuenta con el tiempo.

Lo cual me recuerda que ahora estoy convencida de que la frase que se me pasó por la cabeza ayer, o antes de ayer, sobre vagar a través de un vacío interminable, fue escrita por Friedrich Nietzsche.

A pesar de que estoy igualmente convencida de que nunca he leído ni una palabra escrita por Friedrich Nietzsche.

Creo que una vez leí *Cumbres borrascosas*, sin embargo, cosa que menciono porque lo único que soy capaz de recordar de ese libro es que la gente está constantemente mirando por la ventana, hacia dentro o hacia fuera.

El libro llamado *Pensées* fue escrito por Pascal, por supuesto.

También creo que no he señalado que hoy es otro día en que estoy escribiendo, motivo por el cual he expresado la duda de si cuando cité a Nietzsche fue ayer o antes de ayer.

No anoté nada en relación con dónde había parado, y simplemente dejé esa página en la máquina.

Probablemente paré al llegar a lo de las pelotas de béisbol que hay en el sótano, ya que el tema del béisbol siempre me ha aburrido.

Después me fui a dar un paseo por la playa, hasta la otra casa, la que se quemó.

El atardecer de ayer fue un atardecer Vincent van Gogh, con un cierto toque de ansiedad en él.

Quizá solo estoy pensando en manchas.

Más de una vez me he preguntado por qué los libros que hay en el sótano no están arriba con los demás, de hecho.

Hay espacio. Muchos de los estantes que hay aquí arriba están medio vacíos.

Aunque sin duda cuando digo que están medio vacíos, en realidad debería decir que están medio llenos, ya que presumiblemente estaban totalmente vacíos antes de que alguien los medio llenara.

Aunque pensándolo bien, no es imposible que alguna vez estuvieran completamente llenos, y quedasen medio vacíos solo cuando alguien se llevó la mitad de los libros al sótano.

Considero que esta segunda posibilidad es menos probable que la primera, aunque no es del todo descartable.

En cualquier caso, el estado actual de los estantes explica perfectamente por qué tantos de los libros de la casa están inclinados, o torcidos. Motivo por el cual han quedado deformados para siempre.

*El béisbol cuando la hierba era de verdad* es, de hecho, el nombre de uno de ellos, creo.

En ese caso una siente al menos algo de curiosidad por el sentido del título, debo admitirlo.

No demasiada curiosidad, ya que el béisbol no deja de ser el béisbol, pero al menos algo de curiosidad.

De hecho, quizá corte mi propia hierba, la cual es indiscutiblemente de verdad, aunque no esté demasiado crecida.

No puedo cortar la hierba. Debido a que la cortadora de césped está tan terriblemente oxidada como el carrito y las bicicletas.

Lo cierto es que tengo otras bicicletas.

Una está sin duda junto a la camioneta. Otra puede que esté en la gasolinera, en la ciudad.

Había una bicicleta en el callejón sin salida de debajo de la Acrópolis, ahora que lo pienso.

Quizá los libros que hay en el sótano estén repetidos.

Como las dos vidas de Brahms, entonces. Aunque resulte que esas dos obras están en la planta de arriba.

No hay nadie asomado a la ventana en el cuadro de la casa, por cierto.

Acabo de llegar a la conclusión de que lo que tomé por una persona es en realidad una sombra.

Si no es una sombra, quizá sea una cortina.

Lo cierto es que podría no ser nada más que un intento de dar una impresión de profundidad en el interior de la habitación.

Aunque, por decirlo de algún modo, lo único que hay en realidad en la ventana es pigmento de siena tostada. Y algo de ocre amarillo.

De hecho, tampoco hay ninguna ventana, por decirlo de ese mismo modo, sino únicamente una forma.

Por lo cual las especulaciones que puedo haber hecho sobre la persona que hay asomada a la ventana ahora parecerían haber perdido todo su sentido, evidentemente.

Salvo, por supuesto, que posteriormente me convenza de que hay alguien en la ventana otra vez.

Lo he expresado mal.

Lo que trataba de decir era que probablemente me convenza de nuevo de que hay alguien asomado a la ventana, y no de que alguien que había estado asomado a la ventana se ha marchado pero puede regresar.

En cualquier caso, sigue siendo un hecho que ninguna alteración de mis percepciones, como por ejemplo esta, modifica en absoluto el cuadro.

De modo que quizá mis especulaciones anteriores puedan seguir siendo válidas después de todo.

Apenas tengo idea de lo que quiero decir con eso.

Una casi no puede especular sobre una persona cuando no hay persona sobre la que especular.

Sin embargo, no hay manera de negar que una ha hecho tales especulaciones.

Hace dos días, cuando estaba escuchando a Kathleen Ferrier, ¿qué estaba escuchando exactamente?

Ayer, cuando estaba especulando sobre una persona que había asomada a la ventana en el cuadro, ¿sobre qué estaba especulando exactamente?

Acabo de volver a poner el cuadro en la habitación con el atlas y la vida de Brahms.

De hecho, acabo de despertarme después de una noche de sueño.

Si esta vez lo menciono es únicamente porque, por decirlo de algún modo, una ahora podría decir que así de rápido ha llegado pasado mañana.

Algunas preguntas siguen pareciendo incontestables, en cualquier caso.

Como, por ejemplo, si he llegado a la conclusión de que no hay nada en el cuadro salvo formas, ¿acaso también he de concluir que no hay nada en estas páginas salvo letras del alfabeto?

Si una únicamente entendiera el alfabeto griego, ¿qué habría en estas páginas?

Sin duda, en Rusia pasé con el coche cerca de San Petersburgo sin saber que era San Petersburgo.

Lo cierto es que Anna Karénina también podría haber pasado con el coche sin saber que era San Petersburgo.

Al ver un cartel que decía Stalingrado, ¿cómo iba a poder darse cuenta Anna Karénina?

¿Sobre todo teniendo en cuenta que el cartel mucho más probablemente diría Leningrado?

Ahora evidentemente he perdido el hilo por completo.

Una vez, Robert Rauschenberg borró la mayor parte de un dibujo de Willem de Kooning y luego lo tituló *Dibujo de De Kooning borrado*.

No estoy en absoluto segura de con qué se puede relacionar esto, pero sospecho que está relacionado con más cosas de las que en otro momento creía que se relacionaría.

Lo cierto es que Robert Rauschenberg vino de visita a mi apartamento del SoHo una tarde. No recuerdo que borrara nada.

La razón por la que una de mis bicicletas está en la gasolinera es que a veces decido volver andando a casa, después de haber ido a algún sitio en bicicleta.

Aunque lo que en realidad decidí aquel día fue traer queroseno, lo cual resultaba difícil de hacer en bicicleta.

Digo que resultaba difícil, y no que resulta difícil, porque ya no llevo queroseno, debido a que ya no empleo esas lámparas.

Cuando dejé de emplearlas fue después de que tirara la que le prendió fuego a la otra casa, aunque sin duda ya he mencionado esto.

En un determinado momento estaba ajustando el pabilo, y un momento después todo el dormitorio estaba en llamas.

Estas casas de la playa están completamente hechas de madera, por supuesto. Lo único que podía hacer era sentarme en las dunas y contemplar cómo ardía.

Durante la mayor parte de la noche, todo el cielo fue homérico.

Fue la misma noche que desapareció mi bote de remos, por cierto, aunque quizá eso no venga al caso.

Una apenas presta atención a la pérdida de un bote de remos cuando su casa está quedando reducida a cenizas.

De todos modos, ahí estaba, ya no en la playa.

La verdad es que a veces me gusta creer que, a estas alturas, las corrientes lo han llevado hasta el otro lado del océano.

Hasta la isla de Lesbos, por ejemplo. O hasta Ítaca, incluso.

Con frecuencia, algunos objetos de los que llegan arrastrados hasta aquí bien podrían haber sido traídos por las corrientes en la dirección opuesta desde tan lejos, de hecho.

Como mi palo, por ejemplo, que a veces llevo conmigo cuando voy a caminar.

Sin duda el palo cumplió alguna otra función que no era sencillamente ser empleado para caminar, en otro momento. Una ya no puede averiguar qué otra función, sin embargo, debido a la manera en que está desgastado por las olas.

De hecho, de vez en cuando también he empleado el palo para escribir en la playa.

Lo cierto es que he escrito en griego.

Bueno, o en algo que parecía griego, aunque en realidad me lo estaba inventando.

La verdad es que escribía mensajes como los que a veces escribía en la calle.

Hay alguien viviendo en la playa, decían los mensajes.

Evidentemente, para entonces no importaba que los mensajes estuvieran escritos en un alfabeto inventado que nadie podía entender.

De hecho, nada de lo que yo escribí seguía allí cuando yo volvía, en cualquier caso, debido a que siempre lo borraba la marea.

De todos modos, si he llegado a la conclusión de que no hay nada en el cuadro salvo formas, ¿acaso también he de concluir que ni siquiera era un alfabeto inventado lo que había en la arena, sino únicamente unos surcos hechos por mi palo?

Sin duda, el palo originalmente no era nada más interesante que el mango de un limpiaomoquetas.

Una vez, después de haberlo apartado para arrastrar por la playa un trozo de madera que habían traído las corrientes, pensé que quizás lo había perdido.

Cuando miré hacia atrás, sin embargo, estaba en posición vertical allá donde había tenido la previsión de dejarlo sin realmente prestar mucha atención a lo que estaba haciendo.

Ahora que lo pienso, es bastante probable que la cuestión de la pérdida no se me haya pasado por la cabeza hasta que ya estaba en medio del proceso de mirar hacia atrás, lo cual es como decir que el palo no se había perdido ya antes de que me preocupara por su posible pérdida.

No estoy particularmente contenta con esta nueva costumbre de decir cosas que ni siquiera sé muy bien por qué las digo, para ser sincera.

Fue alguien llamado Ralph Hodgson el que escribió el poema sobre las aves que se venden en las tiendas para que la gente se las coma.

No recuerdo haber leído nunca ningún otro poema de Ralph Hodgson.

Sí que recuerdo que Leonardo da Vinci solía comprar esa clase de aves, sin embargo, en Florencia, y luego dejarlas salir de sus jaulas.

Y que Helena de Troya tuvo al menos una hija, llamada Hermione.

Y que Leonardo también ideó un método para prevenir que el Arno se desbordara, al que evidentemente nadie le prestó ninguna atención.

Es más, Leonardo al menos una vez puso nieve en uno de sus cuadros, aunque no soy capaz de recordar si Andrea del Sarto o Taddeo Gaddi lo hicieron alguna vez.

Además de lo cual, los discípulos de Rembrandt solían pintar monedas de oro en el suelo de su estudio y las hacían parecer tan reales que Rembrandt se agachaba para recogerlas, aunque no estoy segura de por qué esto me recuerda de nuevo a Robert Rauschenberg.

Siempre he albergado serias dudas sobre el hecho de que Helena fuese la causa de aquella guerra, por cierto.

Una única chica espartana, al fin y al cabo.

De hecho, todo ese asunto fue indiscutiblemente una propuesta mercantil. Los diez años que duró, solo para ver quién tendría que pagarle

aranceles a quién por tener derecho a usar un canal de agua.

Otro poeta, llamado Rupert Brooke, murió en los Dardanelos durante la Primera Guerra Mundial, aunque creo que yo no me acordaba cuando fui a los Dardanelos, quiero decir, al Helesponto.

De todos modos, me parece extraordinario que unos jóvenes murieran allí en una guerra hace tanto tiempo, y después murieran en el mismo sitio tres mil años después.

Y pensándolo bien, las monedas de oro que los discípulos de Rembrandt pintaban en el suelo de su estudio son exactamente de lo que hablaba cuando hablaba de Robert Rauschenberg.

O más bien de lo que hablaba cuando hablaba de la persona que no está asomada a la ventana en el cuadro de esta casa.

Ya que las monedas solo fueron monedas hasta que Rembrandt se agachó para recogerlas.

Lo cual no me impidió instalar un generador y unos focos en el Coliseo, pese a todo.

Ni ser lo bastante astuta como para llamar a aquel gato Calpurnia tras no haber obtenido respuesta con Nerón y Calígula.

En cualquier caso, si Rembrandt hubiera tenido un gato, habría pasado junto a las monedas sin ni siquiera echarles un vistazo.

Lo cual no significa que el gato de Rembrandt fuese más inteligente que Rembrandt.

Ni siquiera aunque resulta que Rembrandt siguió haciendo eso, por cierto, por muchas veces que le tomaran el pelo.

Ya que el mundo está lleno de historias sobre discípulos que les toman el pelo a sus maestros, por supuesto.

Leonardo una vez le tomó el pelo a Verrocchio rellenando una parte de un lienzo de un modo tan hermoso que Verrocchio decidió cambiar su línea de trabajo.

A una le resulta difícil imaginarse a Aristóteles tomándole el pelo a Platón, por otra parte.

E incluso a Aristóteles yendo a clase.

Una es capaz de visualizar fácilmente a Helena en clase. Una incluso es capaz de verla mordisqueando un lápiz.

Suponiendo que los griegos hubieran tenido lápices, claro.

De hecho, incluso Arquímedes a veces estudiaba geometría escribiendo en la arena. Con un palo.

Acepto el hecho de que indudablemente no es el mismo palo.

Aunque bien podría haber estado a la deriva durante años. En una dirección y en otra cualquier cantidad de veces, en realidad.

Helena dejó a Hermione en casa cuando abandonó a Menelao y se escapó con Paris, lo cual es la única cosa que hizo Helena que una desearía que no hubiese hecho.

Aunque no es imposible que los escritores antiguos no sean del todo fiables en relación con tales temas, ya que casi todos fueron hombres.

Lo que una realmente desearía es que Safo hubiera escrito algunas obras de teatro.

Aunque lo cierto es que hay otras versiones, de todos modos.

Como el cuadro de Tiepolo, por ejemplo, en el que se ve a Helena llevada por la fuerza.

*La violación de Helena*, de hecho, es el nombre que Tiepolo le puso al cuadro.

Resulta un poco más difícil visualizar a Medea mordisqueando un lápiz.

Quizá a los siete u ocho años. Después de esa edad, debió de ser como Germaine Greer.

Juro por mi vida que no soy capaz de recordar cuándo fue la última vez que pensé en Germaine Greer. Probablemente haya algunos libros suyos en esta casa, de todos modos.

Aunque todavía no soy capaz de imaginar qué significará ese otro título, el de la hierba que ya no es real.

Quizá mi palo fuese alguna vez un bate de béisbol.

Quizá los discípulos de Rembrandt jugaran al béisbol alguna vez.

Cassandra también fue violada, por supuesto, después de que Troya cayese.

Sin duda, no hay manera de comprobar que el Greco fuera descendiente de Hermione, en cualquier caso después de casi tres mil años.

Cerca del final de su vida, Tiziano manipulaba los pigmentos tanto con los dedos como con un pincel, lo cual seguro que no era la forma de hacerlo